



LIBRO DÉCIMO.

Marcha de los españoles á Texcoco; sus negociaciones con los Mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichtlan, Cuauhnahuac y otras ciudades. Construcción de los bergantines. Conjuración de algunos españoles contra Cortés. Reseña, división y puestos del ejército español. Asedio de México; prision del rey Cuauhtemotzin y ruina del imperio mexicano.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO.

CORTÉS, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de México, se empleaba en Tlaxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines y en la disciplina de sus tropas. Obtuvo de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazón y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlatcueye.¹ Avisó á los Huexotzingos, á los Cholultecas, á los Tepeyaqueses y á otros aliados, á fin de que alistasen sus tropas, é hizo venir una gran provision de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el asedio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó reseña á su tropa, que se componía de cuarenta caballos y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armada la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela y la cuarta de picas. Puesto á caballo enfrente de su pequeño ejército, despues de ordenarlo, habló de este modo á sus guerreros: "Amigos y compañeros: todo lo que yo pudiera deciros para excitar vuestro valor, sería enteramente inútil; pues todos nos reconocemos obligados á reparar el ho-

¹ Solís dice que en aquella ocasion sacaron azufre los españoles del volcan de Popocatepec para hacer pólvora: que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcan ántes de la conquista de México, y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montaña, no Montano, como dice Solís. Para probar la verdad de estos datos no es necesario ir á buscar el apoyo de un escritor holandés, pues consta por el testimonio de muchos autores españoles y por los privilegios que concedió el rey Católico á la posteridad de Montaña.



LIBRO DÉCIMO.

Marcha de los españoles á Texcoco; sus negociaciones con los Mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichtlan, Cuauhnahuac y otras ciudades. Construcción de los bergantines. Conjuración de algunos españoles contra Cortés. Reseña, division y puestos del ejército español. Asedio de México; prision del rey Cuauhtemotzin y ruina del imperio mexicano.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO.

CORTÉS, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de México, se empleaba en Tlaxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines y en la disciplina de sus tropas. Obtuvo de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, clavazón y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlatcueye.¹ Avisó á los Huexotzingos, á los Cholultecas, á los Tepeyaqueses y á otros aliados, á fin de que alistasen sus tropas, é hizo venir una gran provision de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el asedio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó reseña á su tropa, que se componía de cuarenta caballos y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armada la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela y la cuarta de picas. Puesto á caballo enfrente de su pequeño ejército, despues de ordenarlo, habló de este modo á sus guerreros: "Amigos y compañeros: todo lo que yo pudiera deciros para excitar vuestro valor, sería enteramente inútil; pues todos nos reconocemos obligados á reparar el ho-

¹ Solís dice que en aquella ocasion sacaron azufre los españoles del volcan de Popocatepec para hacer pólvora: que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcan ántes de la conquista de México, y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montaña, no Montano, como dice Solís. Para probar la verdad de estos datos no es necesario ir á buscar el apoyo de un escritor holandés, pues consta por el testimonio de muchos autores españoles y por los privilegios que concedió el rey Católico á la posteridad de Montaña.

nor de nuestras armas y á vengar la muerte de nuestros compatriotas y de nuestros aliados. Vamos á la conquista de México, empresa la más gloriosa de cuantas se nos pueden ofrecer en el discurso de nuestra vida: vamos á castigar de un golpe la perfidia, el orgullo y la crueldad de nuestros enemigos; á ensanchar los dominios de nuestro soberano, agregándoles un reino tan grande y tan rico; á facilitar los progresos del Evangelio, abriendo las puertas del cielo á tantos millones de almas; á asegurar en pocos dias el trabajo, el bienestar de nuestras familias y á inmortalizar nuestros nombres: estímulos todos capaces de aguijonear á los más cobardes, cuanto más á corazones tan nobles y generosos como los vuestros. Yo no veo dificultad alguna que no pueda sobrepujar vuestro brío. Son muchos nuestros contrarios; pero les somos superiores en el valor, en la disciplina y en las armas. Tenemos además á nuestras órdenes un número tan crecido de tropas auxiliares, que, ayudados por ellas, podremos conquistar no una, sino muchas ciudades como México. No hay duda que es fuerte, pero no tanto que pueda resistir á los ataques que vamos á darle por agua y por tierra. Finalmente, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha declarado favorable á nuestros designios. Su Providencia nos ha conservado en medio de tantos desastres y peligros; nos ha enviado nuevos compañeros en lugar de los que hemos perdido, y ha convertido en nuestro bien los mismos instrumentos que nuestros enemigos habían empleado en nuestro daño. ¿Qué no debemos esperar en el porvenir de su misericordia? El es nuestro conductor en esta grande empresa: merezcamos, pues, su proteccion y no nos hagamos indignos de ella con nuestra pusilanimidad y desconfianza."

Los Tlaxcaltecas, que procuraban imitar la disciplina de los españoles, quisieron hacer tambien reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompía la marcha la música militar de cornetas, caracoles y otros instrumentos de viento, y detrás venían los cuatro jefes de la república, armados de escudo y espada y adornados con hermosísimos penachos de dos piés de alto. Llevaban los cabellos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y en las orejas, y en los piés calzados de gran valor. Seguíanles cuatro escuderos armados de arco y flechas, y en pos los cuatro estandartes principales de la república, cada cual con su insignia propia, hecha de plumas. Despues empezaron á pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó cuatrocientos hombres; seguían las tropas armadas de espada y rodela, y al fin armadas de pica. Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los piqueros diez mil, y los de espada y escudo cuarenta mil.¹

Xicotencatl el jóven hizo tambien una arenga, á ejemplo de Cortés, en la que dijo á sus tropas que al día siguiente, como ellos sabían, debían marchar con los valientes españoles contra México, enemiga eterna de la república; que aunque el nombre solo de los Tlaxcaltecas bastaba para amedrentar á todas las naciones de la tierra, debían apercibirse á ganar una nueva gloria con sus acciones.

¹ Solís, siguiendo, como él dice, á Bernal Díaz, no cuenta en la reseña de los Tlaxcaltecas mas de diez mil hombres, y critica á Herrera porque dice que había 80,000; pero en este, como en otros muchos puntos, se nota el descuido de Solís en consultar los autores. Bernal Díaz no hace mencion de la reseña de los Tlaxcaltecas: solo dice que Cortés pidió al senado 10,000 hombres, y el senado respondió que estaba pronto á darle mayor número de tropas. Herrera no cuenta 80,000 hombres, como dice Solís, sino 110,000, y en este cómputo lo han seguido Torquemada y Betancourt. Ojeda, que estuvo presente y mandaba las tropas aliadas, dice que eran 150,000; pero incluye á los Huexotzingos, á los Cholultecas y á los Tepeyaqueses.

Cortés por su parte convocó á los principales señores de los ejércitos aliados y los exhortó á una fidelidad constante para con los españoles, pondeándoles las ventajas que debían esperar de la ruina de los Mexicanos y los males que los amenazaban si por sugestion de éstos, ó por miedo de la guerra, ó por inconstancia de ánimo, faltaban á la fé que habían empeñado. Despues publicó un bando, para gobierno de sus tropas, que contenía los artículos siguientes:

1. *Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus santos.*
2. *Ninguno riña con otro, ni ponga mano á la espada ú otra arma para herirlo.*
3. *Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio.*
4. *Nadie fuerce á muger alguna, so pena de muerte.*
5. *Ninguno se apodere de los bienes ó prendas que no le pertenecen, ni castigue á ningun indio, si no es su esclavo.*
6. *Ninguno haga correrías sin permiso del general.*
7. *Ninguno prenda á los indios, ni saque sus casas, sin permiso del general.*
8. *Ninguno trate mal á los aliados, ántes bien procuren todos conservar su amistad.*

Y porque de nada sirven las leyes cuando no se cela su observancia y no se castigan los delincuentes, mandó ahorcar dos negros esclavos suyos, porque habían robado un pavo y dos capas de algodón. Con estos y otros ejemplos hizo respetar aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservacion de sus pequeñas fuerzas.

Despues que hubo tomado las medidas que le parecieron conducentes al buen éxito de su empresa, marchó finalmente con todos sus españoles y con un buen número de aliados, el día 28 de Diciembre de 1520, despues de haber oído misa é invocado el Santo Espíritu. No quiso desde luego llevar consigo todo el ejército aliado que había pasado reseña el día ántes, tanto por la dificultad de mantener tan gran número de gente en Texcoco, como porque creyó más oportuno dejar la mayor parte en Tlaxcala, para seguridad de los bergantines, cuando llegase el tiempo de trasportarlos.¹ De los tres caminos que había para ir á Texcoco, tomó Cortés el más difícil, creyendo prudentemente que no debiendo aguardarlo por allí los Mexicanos, sería más segura su marcha. Pasó por Tetxmelocan, pueblo perteneciente al Estado de Huexotzinco. El 30 contemplaron, desde la cima más alta de aquellos montes, el hermoso valle de México, parte con júbilo, por ser aquel el término de sus deseos, parte con disgusto, por el recuerdo de sus desastres. Al comenzar á bajar hácia el llano, hallaron el camino embarazado con troncos y ramas de árboles, atravesadas á propósito, y tuvieron que emplear mil Tlaxcaltecas en remover aquel obstáculo. Cuando llegaron al valle, los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los españoles dado muerte á algunos de ellos, los demás se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatepec, lugar distante ocho millas de Texcoco, y al día siguiente, cuando se encaminaban á aquella capital, inciertos de la disposicion de los Texcocanos, pero resueltos á no volver atrás sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir hácia ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro, y conociendo Cortés que esta era señal de

¹ "No hay duda, dice Solís, que Cortés salió de Tlaxcala con más de 60,000 hombres." Lo cierto es que no se sabe positivamente su número, pues ni Cortés ni Bernal Díaz lo mencionan. Gomara dice que eran más de 80,000.

paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran en efecto mensajeros enviados por el rey Coanacotzin, para cumplimentar al general español, para convidarlo á ir á su corte, y para rogarle que no cometiese hostilidad alguna en sus Estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pesaba treinta y dos onzas. Cortés, á pesar de estos indicios de amistad, le echó en cara la muerte dada pocos meses ántes, por los habitantes del pueblo de Zoltepec, á cuarenta y cinco españoles, cinco caballos y trescientos Tlaxcaltecas, que los acompañaban cargados de oro, plata y armas para los españoles que estaban entónces en México, con tanta inhumanidad, que habían colgado como trofeos en el templo de Texcoco, los pellejos de los españoles, con sus armas y trages, y los de los caballos con sus arneses. Añadió que ya que no era posible compensar la pérdida de aquella gente, debían al ménos pagarle el oro y la plata que habían robado; que si no le daban la debida satisfaccion, por cada español muerto haría el morir mil Texcocanos. Los mensajeros respondieron que su nacion no era la culpable de aquel exceso, sino los Mexicanos, por cuya orden obraron los Zoltepequeses: que sin embargo, ellos se ofrecían á emplear toda la diligencia posible, para que se restituyese todo lo que se habia quitado; y despidiéndose cortesmente del general, volvieron á toda prisa á Texcoco, con la noticia del pronto arribo de los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO Y REVOLUCIONES EN AQUELLA CORTE.

Entró Cortés con su ejército en Texcoco, el último día de aquel año. Salieron á su encuentro algunos nobles y lo condujeron á uno de los palacios del difunto rey Nezahualpilli, el cual era tan grande, que no solo se alojaron en él los seiscientos españoles, sino que aun cabían cómodamente otros seiscientos. Muy en breve notó el general que el concurso de las calles habia disminuido considerablemente, pareciéndole que no habia la tercera parte de la poblacion que viera en otras ocasiones, y sobre todo, observó que faltaban las mujeres y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposicion de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no exponer su gente á nuevos infortunios, publicó un bando en que prohibió á los soldados la salida de los cuarteles, so pena de la vida. Despues de comer, observaron desde las azoteas del palacio que salía mucha gente de la ciudad, encaminándose los unos á los bosques vecinos y los otros á los diversos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rey Coanacotzin, pasando á México en una barca, en despecho de Cortés, que deseaba apoderarse de él como habia hecho de sus tres hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin é Ixtlilxochitl. En verdad, Coanacotzin no podia tomar otro partido, porque ¿cómo era posible que se creyese seguro entre los españoles, despues de lo que habian hecho con sus hermanos, con Moteuczoma su tío, y mayormente temiendo que muchos de sus súbditos se aprovecharan de aquella ocasion, para declararse en contra, los unos por miedo de los españoles y por los intereses particulares de sus familias, los otros por vengar la muerte de Cuicuitzcatzin, y muchos por poner en el trono á Ixtlilxochitl?

Las revoluciones que inmediatamente ocurrieron en aquella capital justificaron su fuga. Apénas habia estado allí tres días Cortés, cuando se le presentaron los señores de Huexotla, de Coatlichan y de Atenco, tres ciudades tan inmediatas á Texcoco, segun hemos dicho, que podían considerarse como sus

arrabales. El objeto de su venida era ofrecer su amistad y alianza á Cortés, y éste, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente y les ofreció su proteccion. Informada de esta novedad la corte de México, envió una severa reprension á aquellos señores, mandándoles decir, que si la causa de haber abrazado tan vil partido era el miedo que tenían del poder de aquellos enemigos, supiesen que los Mexicanos se hallaban con fuerzas superiores, y que con ellas exterminarian muy en breve á los españoles, juntamente con sus aliados favoritos los Tlaxcaltecas; que si se habian reducido á tanta extremidad por conservar los Estados y dominios que tenían en Texcoco, pasasen á México, en cuyo territorio se les darian mejores posesiones. Mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas y de ceder á las promesas, se apoderaron de los mensajeros y los enviaron á Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venían á interponer su mediacion á fin de negociar la paz entre los españoles y los Mexicanos. Cortés, fingiendo dar crédito á lo que decían, los puso en libertad y les encargó dijese á su soberano, que él no queria la guerra, ni la haría jamás, si los Mexicanos no lo obligaban á ello con sus hostilidades; que por tanto viviese apercebido y se guardase de hacer el menor daño á los suyos ó á sus aliados, pues en este caso serían sus enemigos y darian lugar á la total ruina de la ciudad.

Mucho importaba en efecto á Cortés la alianza de aquellas tres ciudades; mas ántes de todo era necesario ganarse la corte misma de Texcoco, tanto por la gran nobleza que en ella habia, cuanto por su influjo en las otras ciudades del reino. Desde su entrada procuró granjearse los ánimos con su afabilidad y buenos modales, y lo mismo habia recomendado á los suyos, prohibiendo severísimamente toda clase de hostilidad contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable á Ixtlilxochitl, á quien tenia detenido, no sé por qué razon, en Tlaxcala. Hizolo conducir á la corte por un buen número de españoles y Tlaxcaltecas, presentólo á la nobleza, y obtuvo que fuese aclamado rey y coronado con las mismas ceremonias y regocijos que se solian hacer con los soberanos legítimos.¹ Promovió Cortés la exaltacion de aquel príncipe, tanto por vengarse de Coanacotzin, como por tener á la nacion dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, ó porque no osase oponerse á los españoles, ó porque estaba cansado de su antiguo jefe.

¹ Solís, en la relacion de este suceso, además de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés y de los Texcocanos, incurre en siete errores sustanciales. 1. Supone vivo en aquel tiempo á Cacamatzin, siendo así que, por testimonio de Cortés y de otros historiadores, consta que fué muerto en la noche de la derrota de los españoles ó poco ántes. 2. Duda al principio, y luego afirma positivamente, que en el mismo tiempo reinaba en Texcoco Cacamatzin, siendo indudable que el príncipe reinante era Coanacotzin. 3. Hace á Cacamatzin hermano de Nezahualpilli (á quien llama *Nezabal*), de quien era hijo, como saben los que han saludado la historia de aquellos pueblos. 4. Supone que Cacamatzin mató á Nezahualpilli, fábula jamás oída en la historia de Texcoco. 5. Cree muerto á Nezahualpilli cuando reinaba el antecesor de Moteuczoma. Ahora bien, el antecesor de Moteuczoma murió en 1502: luego Nezahualpilli fué muerto aquel mismo año, cuando más tarde, por Cacamatzin. Cuando tuvo el arrojo de matar á su rey, se debe creer que tendria á lo ménos 15 años: luego en 1519, cuando el mismo Cacamatzin visitó á Cortés en Ayotzinco, tenia á lo ménos 32 años, y sin embargo, el mismo Solís en otra parte solo le da 25. Pero la verdad es que Nezahualpilli murió en 1516. 6. Supone á Cacamatzin usurpador de la corona, cuando consta de la historia que era el sucesor legítimo. 7. Finge que el nuevo rey se hallaba en Texcoco cuando llegó Cortés; que éste no lo habia visto ántes; que la primera vez que se le presentó, quedó el caudillo español tan prendado de su elocuencia y gentileza, que lo abrazó sin poderse contener: todo lo cual es un tejido de fábulas; pues por las cartas del mismo Cortés, y por muchos historiadores consta, que aquel príncipe (cuyo nombre ignoró Solís) habia sido conocido por Cortés un año ántes de su elevacion; que habia sido seis meses su prisionero, y que lo hizo venir de Tlaxcala para coronarlo, como se refiere en el texto de esta Historia.